

Las antiparras del poeta burlón

JOSÉ MARÍA MERINO

Ilustraciones de Fabio Marras

Las Tres Edades Ediciones Siruela

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Colección dirigida por Michi Strausfeld

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© José María Merino, 2010

© De las ilustraciones, Fabio Marras

© Ediciones Siruela, S. A., 2010

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid. Tel.: + 34 91 355 57 20

Fax: + 34 91 355 22 01

siruela@siruela.com www.siruela.com

ISBN: 978-84-9841-391-5

Depósito legal: M-37.379-2010

Impreso en Closas-Orcoyen

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados

ÍNDICE

LAS ANTIPARRAS DEL POETA BURLÓN

I Carta de José Luis Maroto a Martín C.	13
II Notas de Martín C.	89
III Aclaración de José María Merino	123

**LAS ANTIPARRAS
DEL POETA BURLÓN**

I

**CARTA DE JOSÉ LUIS MAROTO
A MARTÍN C.**



Mi joven amigo Martín, me has pedido que te cuente cómo fueron «los momentos inaugurales de mi vida de poeta», y me ha hecho mucha gracia la seriedad de la pregunta. Otros antes que tú, sobre todo periodistas, se han interesado algunas veces por mis inicios literarios, por las primeras cosas que escribí, pero eso de «los momentos inaugurales» me evoca el ritual de ciertos actos –al fin y al cabo los diccionarios, al describir la palabra «inaugural», suelen aludir a la solemnidad y a la ceremonia– y ello me ha recordado, en una visión instantánea y muy clara, algunos noticiarios cinematográficos que se proyectaban antes de la película correspondiente, cuando yo era niño y muchacho, en los que solía aparecer el Caudillo, Francisco Franco,

con su séquito, en el majestuoso momento de poner en marcha un embalse o alguna obra pública similar.

Sin embargo, por ese mecanismo misterioso que a veces hace que coincidan varias sugerencias en nuestro pensamiento, mientras leía tu carta recordé también con claridad el concurso al que me presenté con el libro de poemas que había escrito en mis años de estudiante universitario: contenía mucho verso libre, canciones, cinco o seis sonetos, y me volví a ver en la víspera de un examen, dándole vueltas a alguna imagen verbal en vez de repasar los apuntes oportunos. En el concurso poético quedé finalista, lo que me animó mucho, aunque al final del curso académico suspendí varias asignaturas, lo que me fastidió las vacaciones de verano.

Te iba a decir que aquel conjunto de poemas, que permanece inédito y andará perdido entre mis viejos papeles, constituyó la prueba de eso que llamas mis «momentos inaugurales» como escritor, pero las cosas de la memoria son extrañas, como he escrito antes: tu pregunta, al traerme a Franco, con su fajín sobre la redonda barriga, rodeado de prebostes con bigote en algún «momento inaugural», siguió dando vueltas en mi cabeza y se comunicó en aquel tiempo con otros recuerdos también antiguos, así que, de

manera inesperada, fueron aflorando asuntos lejanos, tan lejanos que los creía del todo olvidados, pues proceden de aquellos años de niño y adolescente.

Para que veas lo azaroso, lo imprevisible, de suscitar «momentos inaugurales»...

Y al recuperar de modo instantáneo aquella época, tras la imagen de Francisco Franco inaugurando algún embalse, con una vocecita que no estaba a la altura del tremendo personaje que era –una voz que algunos imitábamos haciendo un ridículo falsete–, he descubierto con sorpresa la figura de Francisco de Quevedo, sobresaliendo también de manera súbita entre viñetas de páginas de tebeos, así llamábamos entonces a los cómics de ahora, y argumentos de los relatos y novelas de aventuras que formaban, con el cine, la alimentación principal de mi entretenimiento.

La figura de Quevedo llega hasta mí envuelta en unas historias muy personales, que me han desasosegado un poco, aunque también me hayan hecho sonreír, se nota que estoy por tomarme las cosas alegremente, y que voy a transmitirte casi como una confesión, como una especie de descargo de conciencia.

*

Para los chicos de mi generación, cuando éramos todavía niños, Quevedo no era el escritor don Francisco de Quevedo y Villegas, del que sabíamos muy poco, o nada, sino, sobre todo, el protagonista de muchos chistes groseros que tenían que ver con eso que llamaríamos lo escatológico, lo excrementicio, las materias fecales, las ventosidades, la mierda, los pedos, hablando claro, vamos.

Te contaré uno muy característico, que recuerdo bien, para que te hagas idea de lo sucio del asunto. Eran unos tiempos de humor ramplón, impregnado de tales porquerías, pero el chiste me parece ilustrativo de lo que te digo: Quevedo necesita hacer de vientre y no se le ocurre otra cosa mejor que quitarse los pantalones y los calzoncillos, pues en el chiste no se hablaba de calzas ni de otras prendas que serían las propias de la época, sacar el orinal al balcón del primer piso en el que vive y sentarse encima. Una señora que pasa por la calle, sin duda una persona fisgona, de esas que todo lo registran con la mirada, al encontrarse con aquel insólito espectáculo exclama, con escándalo: «¿Qué vedo?», y al escucharlo, el soez protagonista del chiste, que está haciendo sus necesidades de manera tan exhibicionista, dice, ufano: «¡Hasta por el culo me conocen!».

Con los años he pensado que en el original la señora debía de hablar en italiano –*Che vedo?*–,

pero nosotros, sin conocer que la señora estaba diciendo «¿Qué veo?» en tal lengua, nos reíamos igual.

*

Algunos domingos solía acompañar a mi padre camino de la casa de mis abuelos, en las afueras de la ciudad, a donde íbamos a comer. Mi madre no venía con nosotros porque, como fui sabiendo con los años, se llevaba mal con mi abuela, su suegra, y prefería quedarse en casa con mi hermana Nati. Seguramente debes conocer ya que la familia no se compone solo de afectos y alegrías, pero ese es un asunto que no viene al caso.

Nuestra caminata, tras recorrer la calle donde estaba mi casa hasta la estación de ferrocarril de vía estrecha, y luego otra calle larga que desembocaba en el puente sobre el río Bernesga, y antes de llegar a la carretera flanqueada entonces por grandes masas de chopos a cuya orilla se alzaba el pequeño edificio en que vivían mis abuelos, tenía como inevitable lugar de paso la fachada del antiguo Convento de San Marcos.

Me imagino que sabes que el Convento de San Marcos de León, cuya fachada se considera una de las joyas del estilo plateresco, fue el hospital más importante para los peregrinos que recorrían

el Camino de Santiago, al cuidado de la Orden de los caballeros del mismo nombre, los que tenían como emblema esa cruz roja de brazos que llaman florenzados, imagen simbólica de una espada teñida por la sangre de los moros.

En mi memoria figuran indelebles todos los escenarios del recorrido, al principio las calles de la ciudad siempre bastante vacías por la quietud dominical, la estación pequeña con el aire de los edificios de hojalata de los trenes de juguete, un par de figuras humanas de tamaño natural, de yeso, cariátides las llamó mi padre y fue la primera vez que conocí esa palabra, que sostenían el dintel de la casa de un dentista, el arbolado que comenzaba un trecho después del convento y del puente sobre el río.

Las imágenes de nuestros paseos me traen el resplandor de la nieve, que en el invierno ponía en la fachada del convento numerosas crestas blancas y ciertos montoncitos iguales en cada una de las numerosas hornacinas vacías, sugiriendo los residuos de las estatuas inexistentes, como me devuelven el esplendor brillante de la primavera, y las sombras protectoras del calor veraniego, y el sonido de nuestras pisadas sobre las hojas secas del otoño, cuando los chopos quedaban desnudos de follaje.